



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El Mediterráneo y América Latina: descubrimiento y fascinación

Autor: Aguinis, Marcos

Forma sugerida de citar: Aguinis, M. (2000). El Mediterráneo y América Latina: descubrimiento y fascinación. *Cuadernos Americanos*, 1(79), 64-74.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 79, (enero-febrero de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## El Mediterráneo y América Latina: descubrimiento y fascinación

Por *Marcos AGUINIS*  
*Escritor argentino*

NACÍ EN CÓRDOBA, ARGENTINA, en una ciudad que llaman *mediterránea* porque la fundaron en el centro de mi país. La rodean sierras de un lado y planicies del otro. El mar se encuentra tan lejos que sólo se concebía como ficción. Fueron las lecturas y el cine quienes me informaron sobre la inconmensurable vitalidad de los océanos, fabulosos como el reino de las hadas. Cuando chico sólo pude acceder a una caricatura de su potencia: se trataba de una laguna en el noreste de la provincia llamada folklóricamente mar, pero “chiquita”, Mar Chiquita. Allí los reumáticos y los traviesos se pintaban con su barro astringente y flotaban sobre la superficie de plata sucia. Más adelante supe de otro sitio análogo, en las antípodas del globo, registrado por la Biblia como Mar del Rey y por el mundo como Mar Muerto, también poblado de minerales y de magia.

Tanto quise desprenderme de mi condición mediterránea sólida, que escribí sobre el mar antes de tocarlo con mis ojos. Curiosamente, elegí el Mediterráneo real y mítico a la vez, útero de civilizaciones, esperanzas y desventuras. Eran años en que aún no me atrevía a confesar la vocación literaria; mi tímido taller de escritor, donde fraguaba el oficio, tenía el encanto de la clandestinidad. Mi familia, constituida por inmigrantes abnegados, sólo concebía el progreso mediante las profesiones liberales clásicas. Su mentalidad generó el chiste del desesperado padre que decidió publicar un aviso terrible: “Cambio dos hijos poetas por uno que trabaje”. Yo no debía ser poeta. Pero las cosas no siempre se dan como uno las propone.

Perfeccioné mi técnica en el campo de las letras con diversos escritos destinados al cesto de la basura. Entre otras iniciativas, había empezado una serie con los judíos más famosos de España, como Iehuda Halevy, Ibn Gavirol y Maimónides. No estaba aún en condiciones de comprender las múltiples causas de esa elección. Coincidían con mi mediterraneidad y con mi amor por la

lengua española, aunque yo no soy sefardí. Iehuda Halevy y Maimónides dejaron sus tierras de nacimiento Toledo uno, Córdoba el otro— y se lanzaron a navegar por el mar que fue centro del mundo. Ese viaje electrizó mi alma.

La modesta biografía que redactaba sobre Maimónides empezaba describiendo el Mediterráneo y engordó más de lo previsible hasta alcanzar las dimensiones de un pequeño libro, mi primer libro. Con el tiempo, más seguro y menos solemne, reconocí algunas razones de mi preferencia. Con Maimónides tenía muchas coincidencias: ambos nacimos en Córdoba (él en España, yo en la Argentina); vimos la luz en el mismo año, separados por el delgado tabique de ocho siglos (él en 1135, yo en 1935); ambos terminamos siendo médicos y escritores; ambos amábamos escribir; ambos nos jugábamos por la comunidad y nos irritaba la injusticia; ambos éramos manifiestos racionalistas; ambos bebimos la caudalosa cultura hebrea pero no escribíamos en hebreo; ambos terminamos radicados fuera de la ciudad donde nacimos; ambos éramos trabajadores obsesivos; ambos generábamos adhesiones y polémicas.

¿Cómo empezaba mi escrito sobre un personaje con quien me unían tantas identificaciones? Pues viajando sobre las aguas que jamás había visto porque ni siquiera me había acercado a las costas argentinas. Años después, cuando vine por primera vez a Israel, lo hice en barco: gocé el acunamiento de las olas y los rugidos de la tempestad. La noche precedente al arribo no pude conciliar el sueño. Desde la madrugada repetí lo que hizo Maimónides ocho siglos antes: me paré en el ángulo más avanzado de la proa y agucé mi vista hacia el rosado horizonte. Entre la línea del mar y las escasas nubes heridas por el sol naciente debía aparecer el monte Carmelo. Fui el primero en avistarlo y el primero en dar el grito de alegría. Maimónides había observado con fruición el oscuro promontorio, pero su nave fue dejando el Carmelo para dirigirse al puerto de Akko (dominado entonces por los cruzados) y yo, en el paquebote *Theodor Herzl*, me dirigí al moderno puerto de Haifa.

Es difícil explicar las angustias de un autor cuando visita un escenario que describió previamente con las desnudas herramientas de su arte. Me ocurrió con el Mediterráneo y luego, treinta años después, con la desaparecida Ibatín, donde nació Francisco Maldonado da Silva, el héroe de *La gesta del marrano*. Primero los dibujé y coloreé; luego, tembloroso, fui a corroborar si no me había equivocado.

\* \* \*

Es significativo que un congreso sobre el Mediterráneo y América Latina haya sido concebido y organizado por una universidad israelí. Israel es un indudable componente del Mediterráneo, pero en los tramos iniciales de su historia antigua lo tenía imaginado.

Los patriarcas ni se acercaron a sus aguas. Moisés cruzó el Mar Rojo para dejarlo enseguida atrás. Los jueces apenas le dedicaron alguna referencia. Los reyes Saúl y David ni le prestaron atención. Los profetas iban a inspirarse en el desierto hostil porque el mar equivalía al mundo de los mercaderes sin ética. Recién el sabio Salomón advirtió su potencialidad, construyó muelles, depósitos y flotas para ser tan próspero en las aguas como en la tierra. Además, los riegos provenían de los imperios tradicionales, sean Egipto o Mesopotamia.

La presencia helénica, inaugurada por Alejandro, cambió las cosas. A partir de entonces la articulación de la poderosa herencia griega con el monoteísmo ético arduamente elaborado en este país convirtió al *Mare Nostrum* en el más formidable semillero de ideas y realizaciones que registraba la humanidad. Se transformó en el centro del mundo por centurias. Fueron tan grandes sus aportes y tan asombrosas sus peripecias que sigue siendo un referente ineludible de la cultura. Los países que forman sus costas preservan diferencias notables, pero están ligados por un común denominador histórico y espacial. Tres continentes, muchas lenguas, países y dialectos fermentan y circulan con melodías, sabores, códigos y tradiciones infinitas. Sus contribuciones se han extendido al planeta entero.

\* \* \*

**AHORA** bien. Este congreso aspira a poner en contacto dos conglomerados tan diferentes e inconmensurables como las galaxias. ¿De qué forma asociarlos? ¿Qué tienen en común? Ante semejante desafío recuerdo una impresionante advertencia del Mahatma Gandhi: "No hables si no puedes mejorar el silencio".

Dan ganas de cerrar los labios, ¿no? Pero esas ganas son inoportunas. Debo arrojarme en brazos de las palabras. Trataré de decir algo, y perdonenme si no es mejor que el silencio.

Lo primero que se me ocurre para vincular el Mediterráneo con América Latina es el factor *tiempo* y el factor *pax*.

*El tiempo*

**MIENTRAS** el Mediterráneo avanzaba con botas de sieteleguas, América Latina lo hacía a pie descalzo. En el Mediterráneo se descubrió la rueda, el hierro y el caballo mientras en América Latina persistían la plata, el oro y la vicuña. Ambos avanzaban, pero de manera diversa: no era el Mediterráneo el futuro de América ni América una repetición de lo que había sido el Mediterráneo siglos antes. Su encuentro, gracias a la osadía de tres frágiles carabelas, produjo un abrazo ahíto de conmoción. Las personas de uno y otro mundo se miraron a través de preconceptos: los españoles creyeron ver a gente del Extremo Oriente y los indígenas a dioses favorables. Ambos se equivocaron y el ansia de dominio se puso en marcha. Los anteriores encuentros protagonizados por los vikingos no fueron acompañados por asentamientos y no tuvieron consecuencias importantes.

En ese encuentro, descubrimiento o choque de culturas, los europeos ganaron el primer *round* y se pusieron a devorar las tierras y a sus habitantes considerados una indiscutible propiedad (la fiesta que hicieron los indios charrúas del Uruguay con el cuerpo de Juan Díaz de Solís —quien descubrió el Río de la Plata— fue apenas una insignificante compensación). La ingesta de un universo por otro no produjo la desaparición del más débil, sino su incorporación como sucede en el más elemental de los canibalismos. El resultado, en consecuencia, no fue otra España en América, sino una América nueva y específica —desde el nombre a su papel— con mezcla de las porciones indígenas y las porciones europeas que, a su vez, también eran incontablemente plurales.

El resultado fue, como dijo Simón Bolívar en su *Carta de Jamaica* (1815), “un pequeño género humano”, con etnias y matices para todos los gustos. América Latina amasó una específica personalidad en base a la convulsiva combinación de indios con hispanos; luego con negros de África subsahariana, y después con inmigrantes de toda Europa, Medio Oriente, África del Norte y Extremo Oriente. Cambió el ritmo del tiempo, pero no desaparecieron los ingredientes antiguos.

*La pax*

**CUANDO** se expandió el movimiento independentista a comienzos del siglo XIX, el subcontinente había experimentado una *pax* de

tres siglos. Durante ese tiempo —más de incubación que de letargo— se afirmaron características que tienen vigencia hasta el día de hoy. Esa *pax* —pese al nombre— no estuvo libre de conflictos, genocidios, discriminación o abuso, pero dominaba un poder regulador. Tampoco fue idílica la *pax romana* ni la que existió en la Península Ibérica durante los siglos VIII al XI. Pero fueron lapsos en los que predominaron ciertas normas y conductas y se consolidó una mentalidad.

Toribio de Mogrovejo lo exaltó con el nombre de *crístiandad colonial*. Hubo producciones memorables y, a la vez, inquisidores, explotadores, hipócritas y corruptos. Pero, como dijo Octavio Paz, “la grandeza del hombre consiste en hacer obras hermosas y durables con la sustancia de las pesadillas”. Durante la prolongada *pax* colonial se establecieron instituciones, códigos, costumbres, sueños y delirios. Se conectaron espacios remotos y temporalidades desfasadas. Se erigió una prodigiosa construcción política y económica. Pero también nacieron y se arraigaron defectos de larga permanencia.

Ese periodo sigue siendo escamoteado. Aún hay archivos guardados en conventos que no se abren a la investigación. En la historia oficial argentina, por ejemplo, se suele enseñar esa época de tres siglos con referencia a su principio y su final únicamente: se describe el descubrimiento de Colón en 1492, la inmediata fundación de las ciudades y luego se pasa de un salto a las invasiones inglesas de 1806 y 1807 que estimularon las ansias de emancipación. Con impudicia quedan a oscuras los trescientos años que van de uno a otro extremo, como si no hubiese nada que decir. Fue transformado en un agujero del que poco o nada se sabe. Mi novela *La gesta del marrano* tuvo la insolencia de invadir ese territorio casi prohibido y el resultado fue que tanto el autor como los lectores se asombraron de lo que descubrían.

\* \* \*

**E**STE manejo del tiempo y de la *pax* tiene relación con los *afectos*. Ambos difieren en el Mediterráneo y América Latina. No se parecen el imperio incaico a la Atenas de Pericles ni el reino de los aztecas a la Florencia de los Médicis. Los bárbaros que se arrojaron sobre Roma no equivalen a los españoles que invadieron Tenochtitlán, aunque repitiesen codicia y sadismo. No es igual un indio en las cumbres del Altiplano mirando inmóvil al sol, que un agitado hom-

bre del Renacimiento. Están habitados por herencias, actitudes, sentimientos, temores, esperanzas, culpas y emociones disímiles.

En materia de afectos conviene recordar que existen acciones inactivas como “marcar el paso”, que es caminar sin avanzar (mucho ruido y pocas nueces, grandes conflictos y poco progreso). Hay manifestaciones que no salen, sino quedan adentro (el enigmático silencio de los indígenas latinoamericanos, por ejemplo). Lo diré de otra forma: las emociones son etimológicamente *ex mociones*, así como los afectos *ad fectos*. Nos debería asombrar, porque revelan una tendencia contraria el supuesto origen. Las emociones serían, en consecuencia, las acciones que, al encontrar una barrera, rebotan hacia adentro de uno.

En América Latina, durante el largo periodo colonial se establecieron suficientes barreras que descalificaron y persiguieron expresiones cuyo resultado podría ser la rencorosa intraversión que se detecta en indios, mestizos, gauchos y llaneros. Fue la respuesta a una abrumadora opresión. Ese silencio tal vez no es tan arcaico. Se establecieron patrones de conducta que responden al siervo y al amo que —sabemos— a menudo se cruzan, mezclan y confunden. Tanto uno como otro exhiben alternativamente desconfianza, ironía, disimulo, reserva cortés, elusión de la mirada, picardía subliminal, odio y amor. La intimidación se resiste a manifestarse si no la destapa la fiesta o la violencia. Hay miedo y veneración por el que está arriba, abajo o al lado. A menudo se necesitan las máscaras y las máscaras terminan siendo el rostro.

\* \* \*

**EL tiempo, la pax y los afectos** dieron lugar a determinadas *culturas*. Tanto el Mediterráneo como América Latina pasaron por épocas en las que se consideraron el ombligo del mundo. En una y otra parte florecieron civilizaciones e imperios, se levantaron pirámides, se fraguaron cosmogonías y elaboraron vastas organizaciones sociales. Desafiaron obstáculos para levantar monumentos impresionantes y dejarnos misterios aún indescifrados. Pero tanto uno como otro debieron resignarse ante el desplazamiento del poder hacia el imantado norte. Las gloriosas Atenas, Roma, Alejandría, Estambul y Venecia fueron sustituidas por Viena, Moscú, París, Berlín y Londres. América Latina se encogió ante el crecimiento colosal de Estados Unidos.



El Mediterráneo ahora integra parcialmente la Unión Europea, así como América Latina el NAFTA (sólo México). No son equivalentes, desde luego. La Unión Europea significa una aglomeración de tal envergadura que marca un cambio histórico fabuloso respecto de medio siglo atrás. El NAFTA, en cambio, como otras asociaciones (MERCOSUR, Pacto Andino) tienen mucho que recorrer. Pero en ambos orbes sobran elementos para formar nuevos bloques parciales o extender los existentes hasta tejer un tapiz que reúna continentes enteros. No siempre deben buscarse las coincidencias máximas, porque para ello hace falta primero transitar las mínimas. Las mínimas requieren valoración, lucidez y coraje.

Mientras la *pax romana* fue un hecho de hace más de un milenio y medio, la *pax* de la etapa colonial americana existió hace sólo dos siglos. Ambos espacios amasaron una cultura interior más o menos pareja. En Europa el latín se impuso desde el Atlántico hasta el Mar Negro. En América el español se desparramó desde el Río Bravo al Polo Sur. El idioma común entrelazó mentes y cuerpos, historias y fantasías. Pero la *pax romana*, en el curso de los siglos, dibujó un mapa cultural heterogéneo. En América Latina, en cambio, aunque reina un evidente pluralismo, se detecta una cultura mucho más coherente. Pese a sus desencuentros internos, el entretejido del idioma y sus ineludibles consecuencias en todas las áreas forma un gobelino único y maravilloso. Lo señalo como ventaja comparativa.

Carlos Fuentes contrasta la fragmentación política del mundo hispano con su asombrosa continuidad cultural. Dice que “la crisis que nos empobreció, también puso en nuestras manos la riqueza de la cultura, y nos obligó a darnos cuenta de que no existe un solo latinoamericano, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, que no sea heredero legítimo de todos y cada uno de los aspectos de nuestra tradición cultural”. Según Fuentes, pocas culturas del mundo poseen una riqueza y continuidad comparables. No quiere decir que esa cultura esté libre de vicios: quiere decir que existe y es un dato que debe observarse con atención.

\* \* \*

El tiempo, la *pax*, los *afectos* y la *cultura* que venimos señalando se refieren a una población donde —siguiendo la pernicioso costumbre impuesta ahora— existen diversas etnias. Confieso que sólo pronunciar la palabra *etnia* me subleva, casi como si dijese *raza*.

Pero el vocablo se ha impuesto y todos sabemos a qué se refiere. El aluvión de españoles, italianos, judíos, sirio-libaneses y originarios de los demás países de la cuenca mediterránea, así como de otros lugares del mundo, se ha expandido por los meandros del subcontinente y se articuló con indígenas, africanos y los hijos de múltiples uniones mixtas. La variedad de su población configuró un mosaico muy colorido.

Pero no les va de la misma forma a todos los sectores. A veces se habla de los sectores negros o indígenas como “minorías oprimidas”. ¿Corresponde llamar minoría a los indígenas y negros latinoamericanos? Es cierto lo de oprimidos, pero en algunas partes constituyen la mayoría absoluta. Si bien se trata de estadísticas, es necesario tener en cuenta que el número solo no alcanza para conseguir que impere la ecuanimidad.

La polarización de la riqueza, ¿tiene relación con las etnias? Una mirada superficial daría esa impresión, pero es falso. Es un prejuicio que heredamos de la anacrónica ideología positivista. La pobreza no deriva de la ausencia de recursos naturales ni de fallas genéticas. Puede sí tener relación con hábitos culturales y con las pésimas políticas de los sucesivos gobiernos. Las etnias no son culpables, sino víctimas de consolidadas postergaciones.

Los clásicos reducían la producción de riqueza a la feliz combinación de tres factores: tierra, capital y trabajo. Pero les faltaba otro factor que recién en los últimos años ha comenzado a ser apreciado: el *marco jurídico*. Es la gran asignatura pendiente en América Latina.

\* \* \*

**DESPUÉS** de referirme al *tiempo*, la *pax*, los *afectos*, la *cultura* y las *etnias*, ingreso en el gran salón de los pasos perdidos: la *ley*.

Hasta mediados de siglo, pese a la sistemática profanación del Estado de Derecho, también las más repugnantes dictaduras latinoamericanas exhibieron crecimiento. Pero luego las cosas empezaron a cambiar, dramáticamente. Hoy la pobreza extrema es un volcán en erupción. Las recetas de los organismos financieros internacionales se reducen a exigencias que no curan, sino justifican la supervivencia y gravitación de esos mismos organismos. América Latina posee recursos naturales en exceso y también maravillosos recursos humanos (que exporta o degrada). Lo terrible en este subcontinente es que aún no se haya logrado consolidar el Estado

de Derecho. Sólo el Estado de Derecho garantiza el progreso sostenido, ofrece espacios para la creación, brinda entusiasmo por las iniciativas de largo aliento, deja vislumbrar el avance y gozar los frutos de la energía invertida.

La precariedad de la ley, en cambio, impulsa a conformar con parches, efectuar remiendos, apagar fuegos, evacuar heridos e inventar justificaciones.

Pese a que desde hace una década todos los países del subcontinente, con mínimas excepciones, han optado por regímenes democráticos, las democracias son condicionadas o muy imperfectas. Hay países como Argentina, por ejemplo, donde hasta debemos preguntarnos si funciona la república porque los tres poderes del Estado han respondido durante casi toda la década de los noventa a un solo puño. En Paraguay se acaba de asesinar al vicepresidente. En Chile rige una constitución escrita por Pinochet. Colombia vive una pulseada entre el Estado y las fuerzas insurgentes. No obstante, América Latina es, de lejos, más previsible, gobernable y democratizable que Rusia u otros grandes países, pero aún le falta bastante. Es la tarea que nos agita como si un enjambre de tábanos revolotease alrededor de nuestra cabeza.

La vieja *pax* colonial dejó una herencia de autoritarismo que no logra ser removida del todo. Ya no alcanza con impedir golpes de Estado o convocar a elecciones. Es preciso recuperar la ley en toda su majestad. Durante la Conquista Hernán Cortés estableció un modelo mítico de prolongada vigencia. Una cédula real le exigía respeto por los indios y él, levantándola, replicó “se obedece, pero no se acata”. Fue elocuente y preciso: instituyó la hipocresía oficial, el doble discurso y la burla a la ley.

El heroísmo de los conquistadores, fundadores y encomenderos fue acompañado desde entonces por una sistemática mofa de la ley, porque la ley eran ellos mismos. La podían ajustar a su medida. Gobernaron de espaldas al pueblo y de cara al trono. Hasta el día de hoy continúa esa perversión. Los “juicios de residencia” de aquella época, que pretendían juzgar el desempeño de los funcionarios españoles en América, se convirtieron en fantochadas porque el fallo no respondía a una ecuánime evaluación de la tarea cumplida, sino a los amigos que influían en la Corte de Madrid. Sus epígonos fueron los caudillos, quienes se convirtieron en dueños de vidas y haciendas, no en custodios de la ley, porque la ley también era un maleable objeto de su propiedad. Algunos se autotitulaban “supremos”. Es interesante advertir que *caudillo* y *líder* no

son sinónimos. Basta efectuar el ejercicio de evocar el nombre de caudillos y surgen de inmediato nombres como Facundo Quiroga, Antonio López de Santa Anna, José Gaspar Rodríguez de Francia, Juan Manuel de Rosas, Francisco Franco. En cambio, si decimos líder, emergen figuras como Churchill o Mahatma Gandhi o Ben Gurion. El líder acepta someterse a la ley, está por debajo de ella. En cambio el caudillo hace de la ley un trapo maleable y sucio.

Esta herencia nos remite a los siglos en que América Latina dependía de un monarca al que se debía responder de forma servil; sus emisarios cometían abusos que no podían punirse por parte de los gobernados. El universo que establecieron era estático, dedicado a extraer y apropiarse de las riquezas que manaban de la tierra y el trabajo opresivo. Sólo se ofrecía el consuelo de la oración.

Es verdad que durante el estallido de las independencias hubo ráfagas de modernidad que exigieron el Estado de Derecho. Fue magnífico. Pero Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, lamentó con lucidez que “fundamos repúblicas sin republicanos”. Las ideas de ley y de progreso que parió Occidente fueron el alimento de Miranda, Moreno, San Martín, Bello, Sarmiento, Martí. Entendieron que al pasar la soberanía a los gobernados, sus gobernantes se convertían en servidores públicos. Era la regla de oro. Pero la herencia autoritaria escamoteó este concepto y hasta el presente nos encontramos con gobernantes que realizan un obsceno goce del poder ante la aturrida mirada de los ciudadanos.

Sólo bajo el imperio de la ley es posible el progreso sostenido, el goce de los derechos civiles, la educación, la salud física y mental. Cuando la ley es objeto de profanaciones, por lo general se abusa de las racionalizaciones y las mentiras para disimular el horror. La sociedad está condenada a descender cada vez más bajo, con emponzoñamiento de los valores. Y la participación, partera de un clima entusiasta y solidario, se desinfla.

\* \* \*

**AMÉRICA** Latina vivió un florecimiento industrial, cultural, científico y político en las décadas del cincuenta y sesenta. Eran años donde prevalecía la palabra *desarrollo* como ahora *globalización* (quienes están disconformes con la globalización —que globaliza más a unos que a otros— sepan que no será eterna, como no lo fue el desarrollo). Hubo entonces ideales socialistas y utópicos, se acentuaron valores vernáculos que algunos llamaron folklóricos y otros

nacionales, surgió la teología de la liberación, incluso se produjo el *boom* universal de su literatura. Pero todo eso ocurrió dentro de una fragilidad estructural. El desorden de las instituciones llevó a frustraciones profundas, con manotazos de ahogado que condujeron a abismos peores. Algunos celebran el retorno de América Latina al capitalismo y otros se preguntan si alguna vez el capitalismo rigió de veras en el subcontinente. Hoy en día crece la sensación de que las recetas de los organismos financieros internacionales fueron diseñadas por Satán: si se las ignora las cosas van mal y si se las aplica van peor.

Al margen de los problemas económicos, el desorden institucional, los entusiasmos y las frustraciones de todo color, no puedo dejar de señalar que para América Latina ha sido muy importante la valoración de los universos míticos que se expandieron en los cincuenta y sesenta. Claude Lévi-Strauss los alzó a interpretación legítima y distinta del mundo, convirtiéndolos en lugar de asombro y de revelaciones. La posmodernidad, en cambio, acaba de hundir un cuchillo de carnicero y convierte a esos universos en bloques sin salida. Asegura que su futuro es la miseria. Los indígenas o sus productos quedarán, a lo sumo, como “depósito de supervivencias”.

Nos produce *shock*.

El vuelco es doloroso y abrumba con incertidumbres. Por un lado se ha conseguido legitimar la comprensión de un mundo rico y singular, por el otro se lo denigra como expresión periférica, despreciable.

\* \* \*

**P**ARA concluir, tanto el Mediterráneo como América Latina son dos galaxias conectadas por un constante flujo de poblaciones y de productos físicos y espirituales. Tienen suficientes diferencias y analogías para descubrir tensiones fructíferas. Diré que ambas están ahítas de tradiciones y de proyectos. Pero tengo la impresión de que en el Mediterráneo predominan las tradiciones y en América Latina los proyectos. Que entre el viejo y el nuevo mundo se pueden intercambiar sonrisas y guiños. Es, supongo, lo que desea y logrará este congreso.